XXV Domingo del Tiempo Ordinario C

He aquí al hombre

"Entonces se dijo a sí mismo el administrador: Ya sé lo que voy a hacer para cuando sea removido de mi cargo"... San Lucas, cap. 16.

El hombre. Clasificado, manipulado, investigado. Magnificado y oprimido. Nadie ha logrado comprender su identidad, conocer su intimidad, desentrañar su misterio.

Ese hombre que se llama Esteban, Claudia, Juan Manuel, Gabriel o Catalina. Ese que nunca logra conocerse a sí mismo en profundidad, ni menos manejar equilibradamente sus complicados mecanismos.

Ese que piensa y ama, anhela ser libre, o pretende serlo. Camina, sabe nadar y un día aprendió a levantarse por los aires, hasta más allá de las estrellas.

Ese que sueña ser feliz, que es noble, que persigue hermosos ideales. Capaz de oración y de ternura. Capaz de reír, de llorar y de perdonar.

Conoce la técnica, multiplica el pan, custodia el secreto de la vida, construye quimeras y ciudades, realiza pactos entre los pueblos.

Recibió del Señor grandes poderes y asombrosas facultades, pero permanece cautivo del egoísmo.

No se decide definitivamente por el bien. No ha logrado darle un rumbo positivo a la historia. Cultiva con excesiva asiduidad la violencia y la mentira.

Sufre de miopía crónica. No alcanza a mirar más allá de sus intereses privados y de su propia comarca.

Su capacidad auditiva es deficiente. No le asustan ni el estruendo de los cañones, ni los gritos de los necesitados.

Pero digámoslo en el lenguaje de San Lucas: Este era un hombre... Se trata de un administrador infiel, a quien llamo su señor para decirle: Dame cuenta de tu gestión en la hacienda.

Entonces aquel hombre comenzó a reducir las deudas de los acreedores de su amo.

No alaba Cristo los negocios injustos de aquel hombre que engaña a su señor, para conseguirse amigos para el futuro.

Pero sí pone de relieve su sagacidad: Los hijos de las tinieblas son casi siempre más avisados que los hijos de la luz.

Los discípulos de Cristo somos demasiado pasivos cuando se trata de luchar por el bien o de vencer el mal.

Nuestras organizaciones, iniciativas y compromisos son insignificantes, comparados con la actividad de quienes realizan negocios de otra índole.

Los discípulos de Cristo somos magníficos detectores de problemas. ¿ Pero se puede contar con nosotros a la hora de las soluciones concretas?

"Había una vez un administrador infiel...". Podemos añadir aquí nuestro nombre de pila y aplicar nuestra sagacidad a la causa del bien.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y